

EL PRESENTE DE LA RELACION MEXICO-EU

Socorro Díaz

Agradezco a la Fundación Miguel Alemán y a su director general Alejandro Carrillo Castro la hospitalidad que nos brindan para hablar del libro Muro de ira y humo. El presente de la relación México-Estados Unidos.

Agradezco la presencia de todas y todos ustedes, así como la lúcida y enriquecedora participación de Guadalupe González, de Enriqueta Cabrera y del propio director general de esta Fundación.

El texto que puso en circulación Siglo XXI Editores en septiembre se ocupa de ofrecer una perspectiva actualizada del trato intenso y profundo entre dos países obligados a establecer formas de convivencia pacíficas, cooperativas y, si es posible, mutuamente provechosas. Para México y de manera proporcional para Estados Unidos la relación bilateral tiene una importancia sustantiva.

El libro ofrece varias reflexiones y datos duros que evidencian la magnitud de esta relación que el destino geográfico vuelve irrenunciable. El ruido y la furia de los tuits y de las palabras sin reposo, como llamó Tomás Mojarro a los dislates de las figuras públicas no pueden borrar el hecho de que en Estados Unidos radican alrededor de 35 millones de personas de origen mexicano, prácticamente el 10 por ciento de su población total. Los cruces fronterizos legales, tanto en vehículos como en forma peatonal son impresionantes en número. Sólo por la garita de San Isidro que une a Tijuana con San Diego pasan 34 millones 180 mil personas al año, casi el total de la población de Canadá.

Es claro que resulta imposible romper un tejido de relación social, económica y política que tiene esta cantidad de hilos y contactos humanos, de producción y de comercio.

Reconocido lo que la historia y la geografía han determinado, el libro se ocupa también de hacer un recuento actualizado de tres temas que están en la base de esta etapa conflictiva de la relación bilateral: migración, intercambio comercial y un muro fronterizo que simboliza el cambio copernicano que el gobierno que encabeza el presidente número 45 de Estados Unidos pretende dar a la mundialización del capitalismo, que su antecesor, Ronald Reagan impulsó junto con la primera ministra de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, así como por el jefe del Estado Vaticano, Juan Pablo II. El próximo sábado 9 de noviembre se cumplen 30 años de la caída oficial del muro de Berlín.

Pese al intento de construir países con fronteras blindadas que promueve el presidente Donald Trump, la migración es uno de los temas vertebrales en la agenda política, económica y social del siglo XXI. Así lo vengo sosteniendo desde los años noventa del siglo pasado. La revolución científica y tecnológica, cuya cuna principal fue Estados Unidos derrotó por nocault técnico a un proyecto de revolución social. Pero esa revolución vencedora transformó entre otros campos del conocimiento a las comunicaciones en todas sus vertientes. Incubó al hombre nómada, creyente de que existe la aldea global y abrió el escaparate a “un piélagos de aspiraciones imposibles de satisfacer”, como sostuvo en un ensayo publicado hace años, Miguel Alemán Velasco.

Millones de personas se desplazan debido a ese océano de aspiraciones, pero también obligadas por las guerras, el hambre, la violencia, la inseguridad y la pobreza que conforman la rémora de la globalización. Esta es obra de la ciencia y la tecnología y resulta tan innegable como la ley de la gravedad, pero también ha sido el motor de un proceso de acumulación salvaje de capital que hace que 8 multimillonarios en dólares ganen lo mismo que 3 mil 600 millones de personas, el 52 por ciento de la población mundial.

El presidente Trump ha convertido a la migración en su arma visible a favor de proteccionismo y contra la globalización. Sin embargo, ese proceso acelerado de mundialización de capitalismo reclama reformas contra las tendencias monopólicas y reorganización social en defensa del factor trabajo, no el uso de slogans de propaganda electoral alrededor del muro fronterizo ni el fomento de una corriente de ira que ha convertido a los migrantes en general y a México y los mexicanos en particular en blancos de ataques y odio.

Una de las razones básicas que me llevó a concluir el texto y a aceptar tiempos acelerados de impresión es una realidad inesperada: la decisión del gobierno norteamericano de vincular a la migración con el intercambio comercial entre los dos países. Este amarre prueba sin recato que la migración es la fiera que está suelta y tiende a dar golpes continuos y caprichosos contra México, abriendo para nuestro país nuevas amenazas y riesgos de gran calado.

En el primer semestre de 2019 quedó registro de que México está siendo usado en la práctica como tercer país seguro por Estados Unidos, sin que muchos mexicanos tengan conciencia clara de la afrenta que significa para el ejercicio de nuestra soberanía y los riesgos que corre la integridad territorial del país.

Atrapado en contradicciones surgidas de compromisos de campaña, expresiones improvisadas y cierta inexperiencia estratégica, el gobierno federal recién llegado al mando se ha visto envuelto en la invitación a todos los emigrantes a entrar a territorio mexicano, en la amenaza de Estados Unidos de establecer aranceles a todos los productos, si México no frenaba esa avalancha, en el despliegue de miles de efectivos de la guardia nacional, en la realidad de instituciones migratorias rebasadas y puestas contra la pared y en la aceptación de abrir campos de refugio a migrantes para que esperen en el territorio de México, por tiempo indefinido, a que los jueces de Estados Unidos les otorguen o no una visa para entrar a ese país, o a que las autoridades ejecutivas de ese país dicten políticas migratorias según el capricho y el rédito propagandístico.

Esta sujeción a decisiones dictadas por un gobierno extranjero sobre porciones del territorio nacional debe ser conocida, medida y pesada en la magnitud de los riesgos que entraña. Negociar con los poderosos no es ceder todo. Negociar para defender los intereses nacionales es delimitar los campos entre lo discutible y lo que está fuera de cualquier concesión.

Todo asunto usado como medio de presión, incluso la eventual aprobación y promulgación del Tratado de Libre Comercio, hoy llamado T-MEC es menor frente a la tentativa de comprometer una parte del territorio. Nos contempla una dura historia de invasiones, ocupaciones y despojos territoriales.

Nuestra historia también registra episodios en los que, con capacidad política, reconocimiento de condiciones objetivas, firmeza y eficacia, la defensa ha sido exitosa. Al término de la segunda guerra mundial, Estados Unidos fue el triunfador cabal de la contienda, mediante el uso del poder atómico. Decidió en los primeros años de la guerra fría instalar bases militares en todos los continentes. Hoy suman cientos. Quiso establecer bases militares en México, como lo quiso y lo hizo en diversos países de Centroamérica, Sudamérica y el Caribe. Presionó y mucho para ubicar al menos una en Baja California. El gobierno encabezado por el primer presidente civil, Miguel Alemán Valdés, no lo permitió. Y recuerdo que entre 1946-1952, México tenía apenas un tercio de su población actual y no era una de las 20 economías más grandes del mundo.

Estados Unidos es un país más grande y poderoso que México. Pero nada puede disculpar el olvido de las lecciones de la historia, el valor de la política y la capacidad para decir no, cuando es necesario decirlo. Ni el silencio ni la retórica amistosa pueden suplir el reconocimiento de la realidad. Hoy como ayer, Estados Unidos no tiene amigos, tiene intereses. Y México tiene amigos y tiene intereses nacionales innegociables.

El T-MEC está en suspenso y enfrenta, a corto plazo, condiciones frágiles. A Donald Trump le conviene que se apruebe, porque sería una promesa de campaña cumplida. A los legisladores demócratas

los mantiene más atentos el proceso de desafuero al que buscan llevar al presidente de Estados Unidos que las reformas laborales que ha impulsado el gobierno mexicano, atendiendo sus propias convicciones y las exigencias de sus aliados comerciales. El primer ministro de Canadá opinó el pasado 1 de noviembre que el tratado ha avanzado, pero que aún queda mucho por hacer.

Con tratado comercial renovado, con el viejo TLCAN vigente o sin tratado comercial de por medio, tanto México como Estados Unidos tienen grandes retos internos para ser competitivos y avanzar en la realidad económica mundial.

Enumero desafíos del vecino. Su atraso competitivo en la era de la globalización no empezó, como sostiene el presidente Trump, con la entrada en vigor del TLCAN en 1994. Empezó en 2001 con los ataques terroristas a las torres gemelas de Nueva York que rompió la invulnerabilidad territorial de Estados Unidos y alentó la salida en busca de territorios más seguros a varios de sus grandes consorcios, porque ellos tampoco tienen amigos, tienen intereses. A finales del 2001 se registró el ingreso de China a la Organización Mundial de Comercio, con lo cual el gigante asiático envió un mensaje estratégico de seguridad a grandes inversionistas.

Frente a estas realidades, los sucesivos gobiernos de Estados Unidos han sido incapaces de establecer, por una parte, políticas públicas en materia de seguridad interior y de ello dan cuenta las masacres periódicas cometidas por fanáticos sólidos e impunemente armados y, en el terreno de la productividad, les ha faltado implementar programas de adiestramiento, reciclaje y capacitación laborales para cientos de miles de trabajadores que han carecido de apoyos para absorber y aplicar las nuevas tecnologías.

Impactan cifras y circunstancias del consumo de narcóticos que registra ese país. Debido a él, la población económicamente activa de personas nacidas en Estados Unidos ha decrecido proporcionalmente en los últimos treinta años. Cito el testimonio revelador de quien fue presidenta de la Reserva Federal, Janet Yellen, ante el Senado norteamericano.

Además, de sus centros de educación superior está egresando un número de profesionistas nacidos en Estados Unidos menor a la demanda que registran los centros de investigación e innovación científica. Si se mantiene la política de restringir visas de trabajo para científicos e investigadores de otros países, la potencia vecina corre el riesgo de perder el liderazgo de la revolución del conocimiento de la que fue cuna y pionera.

En el caso de México, enumero diversos desafíos. Aquí menciono los que me parecen de mayor calado:

- 1.- La desigualdad regional es impactante. Tras 25 años de libre comercio, las entidades del norte no se convirtieron en la locomotora para mover hacia el desarrollo nacional a las entidades del sur.
- 2.- El grave rezago de las zonas rurales de México y la ruina del campo mexicano, obligado por el TLCAN a protagonizar una competencia imposible con los productores agrícolas de Estados Unidos, ampliamente subsidiados por su gobierno. Los beneficiarios tanto del libre comercio, como de los apoyos al campo son los mismos de siempre: agricultores tecnificados y de zonas irrigadas, que son agroexportadores. Mientras, decenas de millones de campesinos que encarnan la agricultura de subsistencia siguen abandonados a su suerte. Son los migrantes forzados a ir a zonas urbanas y a Estados Unidos y Canadá. En esa omisión política y económica se enraíza la ruptura del tejido social, la pobreza, la cooptación de jóvenes por parte del crimen organizado, la violencia y la inseguridad.
- 3.- Con ánimo polémico sostengo que la alternancia de los partidos políticos en el poder es un avance democrático, pero también tiene una deuda cuantiosa con la sociedad mexicana en materia de seguridad pública, porque ha ampliado el abanico para establecer nuevas redes de financiamiento y complicidad con la delincuencia.
- 4.- El mercado interno, indispensable para que los productores mexicanos tengan más amplias posibilidades exportadoras, sigue

siendo tan estrecho como son los salarios, los ingresos por el trabajo informal y los programas sociales.

5.- Los programas sociales, nuevos o viejos, estarán condenados al fracaso, pese a la lucha contra la corrupción, si no van aparejados con una política demográfica destinada a la planeación familiar y al cumplimiento en los hechos del mandato constitucional contenido desde los remotos años setenta en el artículo cuarto : toda persona tiene derecho a decidir de forma libre, responsable e informada el número y espaciamiento de sus hijos. Cuando la constitución dice personas quiere decir mujeres, porque el avance en investigación genética no logra todavía que los hombres se embaracen y den a luz. Las políticas públicas deben garantizar ese derecho a todas las mujeres en edad fértil, pobres y ricas, mestizas, indígenas y criollas.

Para superar esta etapa difícil de la vida de México en su relación con Estados Unidos se necesita valor, eludiendo la estrategia del miedo que ha desplegado el gobierno de ese país. Es la valentía la virtud más apreciada por el pueblo mexicano.

El interés de Enriqueta y Luz Elena Cabrera por organizar este evento me llevó a evocar a su ilustre abuelo, don Luis Cabrera, diputado constitucionalista, coautor del artículo 27, secretario de Hacienda con el presidente Carranza, periodista, abogado, escritor y reconocido antinazi. De acuerdo con el testimonio de don Enrique Ramírez y Ramírez en agosto de 1945 llegó a la redacción del periódico izquierdista El Popular la noticia de que Estados Unidos había lanzado bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki. Luego se confirmó el hecho y la tragedia humana: decenas y luego cientos de miles de civiles muertos. El ambiente público se llenó de terror y de silencio. Sólo un mexicano fue hasta la sede de la embajada de Estados Unidos en la Ciudad de México y mostró una pancarta condenando el uso de la fuerza atómica contra personas desarmadas e inocentes. Fue don Luis Cabrera; y sólo El Popular publicó su fotografía en primera plana.

Es tiempo de hacer un llamado ponderado y sobrio a seguir un camino y alcanzar una sola meta. El camino es resistir y la meta es

defender con valor y eficacia los intereses legítimos de México para que en este siglo siga siendo una nación viable, territorialmente asentada y completa.

Coyoacán, CDMX

Noviembre de 2019